

Espiritualidad e identidad adolescente

Rodolfo Núñez Hernández*

Sumario

Estructurado a base de preguntas, después de describir la adolescencia y de recordar cómo se interviene en la constitución de la identidad, el artículo se encamina a favorecer en tal identidad la presencia de categorías religiosas.

El autor, retomando elementos que surgen de la psicología del desarrollo y complementándolos con criterios de intervención en la dinámica evolutiva del adolescente, ofrece lineamientos para lograr incorporar y estabilizar la comprensión y la práctica religiosa como elemento constitutivo de la identidad del adolescente.

Apoyándose en diversos enfoques psicológicos y analizando cada una de las áreas del desarrollo humano, concluye el autor, es posible elaborar una lógica de intervención a nivel de trabajo pastoral, para potenciar el compromiso y la permanencia en la vida de fe por parte de los adolescentes.

Palabras clave: Adolescencia, identidad, Desarrollo humano, Fe, Compromiso religioso

* Doctor en psicología. Director de Licenciatura en Estudios Pastorales. Profesor asistente adjunto. Pontificia Universidad Católica de Chile. rnunezh@uc.cl



Spirituality and Adolescent Identity

Abstract

Using the technique of questions, having described adolescence and recalled the role it plays in the making of identity, the article envisions this identity embellished by the presence of religious categories.

The author, retaking elements taken from developmental psychology and enriching them with intervention criteria in the evolving dynamic of the adolescent, offers guidelines to incorporate and balance the understanding and religious practice as a constitutive element in the identity of the adolescent.

With the support of various psychological approaches and analyzing each area of human development, the author concludes it is possible to design a logic of intervention in pastoral work to strengthen the commitment to faith life in adolescents.

Key words: Adolescence, Identity, Human Development, Faith, Religious Commitment

Introducción

Este texto apunta a caracterizar el proceso de la construcción de la identidad adolescente y al como favorecer en esta la presencia de categorías religiosas. En este esfuerzo, se incorporan elementos que surgen de la psicología del desarrollo y que se complementan con criterios de intervención en la dinámica evolutiva del joven, para que se logre incorporar y estabilizar la comprensión y la práctica religiosa, como elemento constituyente de su identidad.

Apoyándose en diversos enfoques psicológicos y analizando cada una de las áreas del desarrollo humano, es posible elaborar una lógica de intervención a nivel de trabajo pastoral, para potenciar el compromiso y la permanencia en la vida de fe por parte de los adolescentes.

¿Qué entenderemos por Adolescencia?

La adolescencia, refiere a la etapa evolutiva comprendida – aproximadamente- entre los doce y veinte años. Estos valores son meramente estimativos, pues como sabemos su inicio se puede ubicar en las transformaciones hormonales que marcan el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios y su finalización depende de las condiciones de autonomía económica, física y emocional que puedan alcanzar respecto de sus padres o de los adultos que los protegen. En consecuencia, esto variará si al adolescente continúa estudios superiores o se incorpora al mundo laboral, asumiendo las transformaciones comprensivas y comportamentales que esto implica, las que le permiten transformarse en un adulto joven.

Desde esta comprensión, es de mayor utilidad referirnos a este período desde las metas de desarrollo psicoevolutivo que deben lograrse, - superando los límites cronológicos, como único criterio



de delimitación- pues con ello se alcanza un abanico descriptivo de mayor calidad. Dicho esto debemos indicar los siguientes logros como propios de esta etapa:

Meta ¹	Comentario
Control de los pensamientos, derivados del impulso sexual.	Se refiere al universo de sensibilidades que se abren en el individuo a partir de las transformaciones hormonales y que se expresan en una saturación de contenidos sexuales en su flujo de pensamiento. Aprender a controlarlos y situarlos como un elemento más en la comprensión del mundo y de sus relaciones con éste, es una tarea de alta significación para su vida adulta. Expresiones inmediatas de esta influencia en su pensamiento se reconocen en las fantasías sexuales; acceso a material pornográfico; prácticas masturbatorias y relaciones sexuales.
Aceptación de su cuerpo.	Esta alude a lograr una conformidad con sus características físicas. Es decir, tolerar aquellos aspectos de su anatomía respecto de los cuales se sentían incómodos o avergonzados.
Logro de una pareja estable y de amigos permanentes.	Se espera que en a fines de este periodo, las personas muestren una mayor estabilidad emocional, lo que se traduce en que su toma de decisiones son más predecibles y les permiten conservar sus relaciones interpersonales y establecer sus primeras proyecciones vitales , en asociación con aquellos que estiman más cercanos y con quienes se sienten acompañados y pertenecientes.
Logro de una vocación con sentido.	Saber lo que desea alcanzar como parte de su formación personal y profesional, constituye un soporte sustantivo en la elaboración de un proyecto vital. El logro de esta tarea se aprecia con claridad en los jóvenes que se sienten satisfechos con su elección de estudios superiores o en su desempeño laboral.
Logro de una filosofía vital.	Implica poseer una manera de comprender el mundo. Esta meta es de particular dificultad, pues comporta la conciencia del modo en que se sitúa en la realidad, es decir, debe hacerse cargo acerca de cómo comprende y actúa en el mundo. Debe observar cómo observa y responsabilizarse de lo que realiza, desde su estructura cognitiva. Un ejemplo de esta filosofía de vida, puede ser el modelo cristiano, cuando es asumido conscientemente y no como una suerte de simple tradición cultural.

¹ Adaptado de Paul Henry Mussen, John Janeway Conger, Jerome Kagan ; trad. por Francisco González Aramburo. Desarrollo de la personalidad en el niño. México Trillas 1982.

Logro de una autonomía económica, emocional y física.	Esto se alcanza en la medida que el sujeto puede autosostener sus demandas económicas, asumir la separación natural de sus padres que se produce el vivir sólo y tomar sus decisiones asumiendo sus responsabilidades
Alcanzar la elaboración de un primer proyecto de vida.	Debe poder alcanzar la formulación de lo que quiere que le pase a su vida y cómo conseguirlo. Esto implica que la persona será capaz de proveerse los medios necesarios para su consecución.

El logro de estas metas, permitirán que el sujeto sea independiente, autónomo y autosuficiente, pudiendo incorporarse al mundo adulto de una manera natural y con altas probabilidades de alcanzar una adaptación exitosa.

En este esfuerzo por alcanzar las competencias suficientes para acceder al mundo adulto se está fraguando una condición clave para sostener la dinámica de interacciones que la existencia le demandará. Estamos hablando del **logro de su identidad**, con esto se alude a un núcleo central en su personalidad, que constituyen las autocomprensiones vitales, es decir, aquellas características de sí, que si cambian, provocan que el aludido cambie como persona. Nos referimos al “yo soy”, a aquello en mí, que no es sustituible. Este se expresa como un “proceso de exploración y búsqueda que va a culminar con el compromiso de chicos y chicas con una serie de valores ideológicos y sociales, y con un proyecto de futuro”.²

En este punto, se pone en juego un elemento de irremplazable valor para la vida de fe, pues si en la construcción de la identidad no se incorpora la creencia en Dios, como factor estructurante de la misma, las comprensiones religiosas y las actividades derivadas de ésta, tienden progresivamente a ocupar lugares secundarios en la vida de los individuos o simplemente extinguirse, como comportamientos sin valor adaptativo en la vida de los adultos.

Dado el valor que posee el conseguir que en la identidad personal, la dimensión religiosa tenga cabida; la pregunta que sigue es:

² Oliva Alfredo y Parra Aguedo. *Contexto familiar y desarrollo psicológico durante la adolescencia* en Arranz Enrique. *Familia y desarrollo psicológico*. Ed. Pearson /Prentice Hall, Madrid: 1987.



¿Cómo se interviene en la constitución de la identidad?

Para responder a esta pregunta es necesario dialogar con propuestas que apunten a develar las complejidades asociadas al proceso de constitución de la identidad en esta etapa de la evolución del individuo. Junto a esto debemos incorporar elementos referidos a la producción de aprendizajes significativos y a las influencias que impliquen hacerse cargo y armonizar las distintas áreas del desarrollo psicoevolutivo.

Creemos que para iniciar la respuesta a la pregunta anterior, un marco valioso a este respecto se rescata de los aportes de E. Erikson en su ya clásicos “Infancia y sociedad”³ e “Identidad, Juventud y crisis”⁴, así también la denominada “Teoría ecológica” de Urie Bronfrenbrenner⁵, que entrega importantes elementos que nos permiten aproximarnos al tema con una red conceptual de mayor capacidad de representación y de acción sobre lo que nos interesa intervenir.

Sabido es que el planteamiento Eriksoniano apunta a que en esta etapa el joven logre la “identidad del yo” y evitar la “confusión de roles”. Es decir poder comprender cómo encajamos en esta sociedad, desde lo que somos y poder integrarse de un modo exitoso y colaborativo a la misma. Complementando esta lógica, la teoría ecológica planteada por Bronfrenbrenner, apunta a comprender el dinamismo de la relación sujeto – entorno e integrar este factor en la constitución de la identidad.

Este autor plantea que los ambientes naturales son la principal influencia sobre la conducta humana, con lo cual el funcionamiento psicológico de las personas está, en gran medida, en función de la interacción de ésta con el ambiente o entorno que lo rodea; así entonces el desarrollo humano corresponde a un programa de acomodación entre un sujeto activo y sus cambiantes entornos inmediatos, los que a su vez participan y se ven influenciados por otros contextos de mayor alcance en los que se encuentran incluidos.

Al incorporar lo planteado por la teoría ecológica debemos asumir que las referencias a lo religioso que se llevan a cabo a nivel

³ Erikson E. *Infancia y sociedad*. Ed. Hormé, Buenos Aires: 1976.

⁴ Erikson E. *Identidad, juventud y crisis*. Ed. Paidós, Buenos Aires: 1968.

⁵ Bronfrenbrenner U. *La ecología del desarrollo Humano*. Ed Paidós, Buenos Aires: 1987.

del microsistema y del mesosistema son de vital significación para la conservación de la categoría de fe, al menos en la primera etapa adolescente. Esto no significa que el exosistema y el macrosistema resulten neutros al respecto, sino que nos parece una hipótesis plausible, el enfatizar el rol de lo micro y meso del modelo ecológico, dado el significativo papel que se reconoce a la familia en la instauración y mantenimiento de las comprensiones religiosas y como estas pueden ser afectadas -positiva o negativamente- por sus pares⁶.

De otra parte, en relación con los cambios que le ocurren al joven al completar sus estudios secundarios, en donde le corresponde o bien integrarse al mundo laboral o bien acceder a estudios superiores, debemos conceptualarlos como una "transición ecológica"⁷. *"Una transición ecológica se produce cuando la posición de una persona en el ambiente ecológico se modifica como consecuencia de un cambio de rol, de entorno, o de ambos a la vez."*⁸

En el caso de los adolescentes, la consecución de su identidad se alcanza en este marco de transición ecológica, pues cambian del rol de estudiante secundario al de trabajador o estudiante universitario. Sus dinámicas de interacción con sus padres y sus pares y su entorno en niveles más amplios, conlleva modificaciones de significación. Estas transformaciones habitualmente no refieren a experiencias espirituales, pues las mismas no aparecen vinculantes con ninguno de los niveles ecológicos en donde se lleva adelante la vida cotidiana. Entonces la dificultad de incluir las referencias a lo religioso en la constitución de la identidad, resulta un desafío técnico de extrema exigencia, pues implica resonancia en todos los niveles ecológicos.

¿Cómo avanzar apoyando la constitución de una identidad, con referencia a categorías religiosas en los adolescentes?

Desde la lógica sugerida por la teoría ecológica, debemos ocupar los distintos planos de la realidad; es así que para abordar el microsistema⁹ sugerimos que se opere a nivel de los tres factores que

⁶ Nuñez R. *Psicología Religiosa*. Ed. Hogar Catequístico, Santiago de Chile: 2004.

⁷ En Bronfenbrenner U. 1987, pág. 46.

⁸ Op cit. Pág. 46.

⁹ *"Un microsistema es un patrón de actividades, roles y relaciones interpersonales que la persona*



constituyen los elementos de éste. Es decir las actividades, roles y relaciones en los que la persona interviene, lo que implica estar atento e influir en las diversas acciones de la vida del joven, en los cargos que le toque asumir y los vínculos y amistades que este establece, de modo tal que pueda y aprenda a leer en cada uno de estos aspectos de su cotidianidad la presencia de opciones evangélicas, influyendo así en su comprensión y actuación al respecto.

Seguidamente será necesario hacerse cargo del mesosistema,¹⁰ es decir, se debe integrar en las relaciones entre el hogar, la escuela y el grupo de pares del barrio, de la parroquia, entre otros. Esto sería conveniente abordarlo, por medio de una articulación sinérgica, en donde se establezcan vínculos de cooperación recíproca, de manera tal que el hogar pueda sentirse representado en sus valores familiares en el mundo escolar y parroquial y las dinámicas relacionales que se llevan adelante entre los hijos y sus pares resulte permeada por los principios parentales. Esto resultará posible en la medida que los diversos actores se hagan conscientes de la influencia sistémica que los relaciona y en esa medida les convierte en corresponsable del proceso formativo y de transformación que experimentan los jóvenes.

En lo que respecta al exosistema¹¹ y macrosistema¹², para efectos de esta propuesta no se incorporarán como una dimensión a intervenir, pues la lógica sugerida apunta a intervenciones personales o a lo más a nivel de grupos pequeños.

Complementando los planteamientos que se desprenden del modelo de Bronfenbrenner, sugerimos que este proceder se lleve a cabo desde un doble prisma, una perspectiva que abarque al individuo

en desarrollo experimenta en un entorno determinado, con características físicas y materiales particulares". En Bronfenbrenner (1987), pág. 41.

¹⁰ "un mesosistema comprende las interrelaciones de dos o más entornos en los que la persona en desarrollo participa activamente" op cit., pag 44

¹¹ "un ecosistema se refiere a uno o más entornos que no incluyen a la persona en desarrollo como participante activo, pero en los cuales se producen hechos que afectan a lo que ocurre en el entorno que comprende a la persona en desarrollo, o que se ven afectados por lo que ocurre en ese entorno" op cit., pag 44

¹² "el macrosistema se refiere a las correspondencias, en forma y contenido, de los sistemas de menor orden (micro-, meso- y exo) que existen o podrían existir, al nivel de la subcultura o de la cultura en su totalidad, junto con cualquier sistema de creencias o ideología que sustente estas correspondencias" op cit., pag 45.

-lo que implica ir más allá de lo enmarcado por el modelo ecológico-, en cuanto sujeto individual, al hacer un tratamiento del tema por áreas del desarrollo, pero articular la teoría ecológica en aquellos aspectos del desarrollo personal en donde la relación con el otro, es sustantiva.

Creemos que es posible lograr incorporar los componentes religiosos en la construcción de la identidad personal en los jóvenes, si utilizamos criterios aportados por la psicología del aprendizaje, así como la matriz de trabajo que se crea cuando se comprende al individuo, desde sus áreas del desarrollo y a lo indicado se le incorporan los criterios aportados por la teoría ecológica.

Para llevar adelante esta tarea se debe crear un paisaje comprensivo que se haga cargo de convertirse en una experiencia significativa para la estructura cognitiva-afectiva del joven¹³, y este objetivo debe alcanzarse por medio de un sistema que permita el descubrimiento¹⁴ por parte del adolescente, de categorías y vivencias que apunten a incorporar en su identidad, la presencia de Dios.

Queremos decir con esto que; permitir explorar dimensiones personales de la comprensión de Dios y actuar como guía informado de las mismas, hacer de una suerte de soporte referencial, ante las inquietudes juveniles, debiera ser una lógica de trabajo, para ayudar en este esfuerzo de situar la espiritualidad como un factor constituyente de identidad¹⁵.

Para conseguir efectividad en este esfuerzo, se deben cubrir los diferentes planos donde se expresa el comportamiento humano, es decir, lo físico, lo emocional, lo social, lo intelectual y lo moral. De este modo, es la totalidad del individuo la que se compromete en la experiencia de descubrir a Dios.

¹³ El concepto es asumido a la manera de Ausubel , citado en Arancibia et al “Manual de psicología educacional”. Ediciones Universidad Católica de Chile. 2005. pag 84 y sig.

¹⁴ La idea de descubrimiento, obedece a lo planteado por Brunner. Citado en Arancibia et al “Manual de psicología educacional”. Ediciones Universidad Católica de Chile. 2005. pag 79 y sig.

¹⁵ Creemos que con esta línea de relaciones, se está asumiendo lo planteado por Bronfenbrenner , cuando enfatiza que en el esquema ecológico, una de las unidades básicas es la diada o sistema de dos personas, al cual se le deben agregar los denominados Sistemas N+2 : tríadas, tétradas y estructuras interpersonales más grandes. De este modo se está buscando conservar la idea de la influencia de los entornos que potencian del desarrollo a partir de la existencia y naturaleza de las interconexiones entre ellos.



Asumiendo la relevancia que adquiere el hecho de que la relación con Dios, se lleve adelante desde los marcos referenciales de quien está siendo acompañado y que el ideal es que esta se produzca desde experiencias que se caractericen por responder al modelo del descubrimiento por parte del joven, **¿cómo se puede intervenir en cada una de las áreas del desarrollo humano, para asegurarse que se están creando las condiciones para que la fe, constituya identidad?**

Para responder a este punto, es imprescindible indicar que intervenir en cualquiera de estos planos tiene repercusiones en el conjunto y que provoca un dinamismo que los compromete a todos, es decir, la realidad tiene un comportamiento sistémico en la expresión humana. En consecuencia esta diferenciación sólo tiene un valor analítico, pero no comporta una realidad por si misma.

Dicho esto, **¿qué podría servir en el área de desarrollo físico?**

Trabajar a nivel corporal implica usar el cuerpo y referirse a demandas que el cuerpo le plantea al adolescente.

Expresiones de este uso del cuerpo con referencia a la fe, implica incorporar prácticas de baile, de caminatas, de ascensos a cerros, de canto u otros, en definitiva, apuntar a contactarse con el cuerpo, a concienciar en este un vehículo privilegiado de la condición de creatura y un instrumento de relacionamiento con Dios.

Lo que se busca, es que la conciencia de “ir siendo en el cuerpo”, que es tan propia del mundo juvenil -habitualmente reconocible en sus constantes fiestas y exploración de su sexualidad-, pueda disponerse para que desde ella el adolescente se vincule con su fe.

El cuerpo, como instrumento de fijación de la memoria y de aprendizajes, posee la capacidad de conservar huellas por períodos muy prolongados y que se reactivan con relativa facilidad. Sirva como ejemplo el aprender a andar en bicicleta, puede que usted no haya practicado recientemente, pero precisa de muy poco tiempo para recuperar las destrezas aprendidas.

Seguidamente, se deben abordar las demandas que el cuerpo le hace al joven, éstas abarcan campos diversos, pues reconocemos -entre otras- referencias a su aspecto físico, al control del peso, al deseo sexual, a la necesidad de práctica física. Esto debe hacerse para respetar el principio de alcanzar aprendizajes significativos, es decir, que estén referidos a su vivencias cercanas y que le permitan integrarlas al conjunto de sus comprensiones, entregándoles elementos para entenderse a si mismos y para adaptarse a las demandas vitales.

Colocar el acento en el cuerpo es también hacerse cargo de las repercusiones que esto implica para sus relaciones con otros y resultará útil apoyar procesos de reflexión referidos al impacto que su cuerpo implica en las relaciones sociales, lo que genera en los compañeros con los cuales interactúa, sensibilizándoles que en la dinámica interactiva la presencia corporal no es neutral, pudiendo así tomar decisiones al respecto que estén referidas a categorías de encuentro filial y no sobreexponerse a generar condiciones de intercambio que linden con innecesarias erotizaciones provocadas por una insuficiente conciencia del impacto del uso del cuerpo en las relaciones interpersonales.

Y en relación a la dimensión intelectual ¿qué se puede hacer?

Esta vertiente del análisis es de particular relevancia, pues debemos asumir que nuestros jóvenes son formados bajo presupuestos epistemológicos en donde la constitución de lo verdadero y en consecuencia de lo válido, de lo real, se obtiene por medio de la aproximación empírica a la realidad. Nuestras comprensiones y afirmaciones deben ser sometidas a contrastaciones mensurables y replicables; de no superar este rango de exigencias pierden validez y se califican como subjetivas, personales y por extensión falsas.

Y es a ellos a quienes intentamos proponerles una comprensión en donde la dimensión espiritual, que no es asimilable a sus entrenamientos lógicos, debe pasar a constituir parte de su identidad. En esta tensión, se produce una gran dificultad, en donde creer por fe o por gracia de Dios, se convierte en un dilema mal planteado, pues no se trata de que a una afirmación de nivel analítico se le conteste con otra de una factura emocional. A una certeza racional, se le contrapone una condición argumentativa de tipo afectivo, lo que vivencialmente



se traduce en un “toma o déjalo”, pero no se ajusta a la naturaleza de la disyuntiva intelectual a la que se debe responder.

Esto es aún más complejo si se integra el acceso al pensamiento abstracto, que es lo que se debiera producir desde la perspectiva piagetiana. Así ordenado, la complejidad estriba en dos dimensiones: la *primera* apunta a que el potencial hipotético le exige al comunicador del evangelio luces distintas a las exclusivas persuasiones afectivas y la *segunda* es que no todos los jóvenes acceden al tipo de pensamiento aludido al unísono, sino que los tiempos personales son diversos, de modo tal que las propuestas deben respetar estos límites comprensivos; es decir, argumentaciones muy complejas impedirán que algunos entiendan y argumentaciones muy concretas, provocarán el tedio intelectual de otros y la cadena de desmotivaciones serán reconocidas en ambos grupos.

Tenemos entonces, no sólo una propuesta que desafía el entrenamiento epistémico al que han sido sometidos los jóvenes, sino que además estos acceden con potenciales comprensivos distintos a los programas de acompañamiento que las pastorales les entregan. Desde estas condiciones, se hace necesario abordar la conflictiva que se deriva del modelo de construcción de la verdad, surgida del modelo empírico y la fórmula de verdad que es propia de la propuesta de fe.

Una comprensión que hace suya una realidad como la propuesta por el Credo, precisa de soportes de sentido distintos a los que surgen de persuasiones afectivas. Se debe ayudar al joven para que amplíe su perspectiva referida al conocimiento; esto es posible si se le permite entender que la mirada positivista es una entre otras opciones para construir el conocimiento, vale decir, otorgar condición de posibilidad al pensar hermenéutico, que es el más cercano a la propuesta espiritual, y poder hacerlo en rangos equivalentes a los entrenados por el modelo empírico es el principal desafío para este ámbito de la construcción de la identidad adolescente.

Contrastar el modelo lógico empírico, con el lógico racional, con el modelo constructivista y con el modelo hermenéutico, nos permitirá situar la propuesta de fe en un estatus equivalente a los anteriores. Se debe trabajar para restarle la jerarquía asignada al primero de los

modelos, para constituir a la propuesta de fe como una opción de valía equivalente y complementaria a las anteriores.

Asumir el Credo como una fórmula constitutiva de verdad, necesita que el joven sepa de la existencia de opciones para construir la forma en que nos representamos el mundo.

Asignarle supremacía por sobre las otras perspectivas en el proceso de comprenderse a sí mismo, a los otros y al mundo, forma parte del máximo desafío. Está entonces aquí el papel que le compete a la Teología fundamental, pues es éste el recurso que se debe incorporar en los procesos formativos tanto en los programas de formación escolar, universitarios como en la catequesis parroquial. Pero debe proponerse de manera tal que este resulte un aprendizaje significativo, con esto quiero aludir a la categoría consignada como tal por la teoría del aprendizaje, propuesta por Ausubel¹⁶.

Acompañar los procesos de desarrollo de las capacidades intelectuales, convirtiéndose en un tercero significativo que potencie sus posibilidades comprensivas, al modo sugerido por Vygotsky¹⁷, es decir trabajando en su zona de desarrollo próximo, en materia de fe. Si este trabajo se desarrolla con acuciosidad, se puede estar – en el largo plazo –, posibilitando que los jóvenes cuenten con un modelo lógico-espiritual, vale decir que puedan sustentar argumentativamente sus comprensiones espirituales y en consecuencia no teman incorporar sus proposiciones en los diálogos cotidianos, con criterios de validez equivalentes a las otras opciones de aproximación a la realidad.

¿Cómo abordar el plano de las emociones?

La dimensión afectiva, es un espacio de la conducta juvenil, de tremenda importancia, pues a la sensibilidad natural que acompaña el proceso de asumirse como sujeto distinto, como individuo con particularidades que le representan y que posee una unidad que le constituye, se le suma la inestabilidad que provoca el juego de cambios hormonales

¹⁶ Un texto clásico pero con gran potencial iluminador al respecto es Ausubel, David. *Psicología Educativa: un punto de vista cognoscitivo*. Ed. Trillas, México: 1978

¹⁷ Ver, Lev S. Vygotsky en *Pensamiento y lenguaje : : teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquica*. Fausto, Buenos Aires: 1992.



que están a la base de este acelerado proceso de transformaciones que caracteriza el periodo evolutivo en referencia y la reactividad exacerbada frente a las experiencias de aceptación o rechazo por parte de sus iguales.

En consecuencia, lo que se debe esperar es un estilo comportamental en donde las fluctuaciones anímicas sea lo propio. Haciéndose cargo de esta característica, el proceso de acompañamiento debe ser prudente y ponderar expresiones afectivas extremas, -marcadas muestras de compromiso o de rechazo- evitando asumirlas como definitivas, sino más bien integrarlas como partes de oscilaciones de su mundo emocional que no alcanzan condición de estabilidad. Sólo a partir de las regularidades que se descubran en estas curvas emocionales se podrá trabajar de un modo más previsible.

Sabiendo esto, debemos considerar que en este aspecto de la realidad del joven, el trabajo debe enfatizar la vinculación afectiva con la práctica religiosa, pues la categoría del “sentir”, es de particular importancia en el adolescente. Si bien se reconoce que el mundo afectivo del joven, se caracteriza en su relación con lo divino, por ser prioritariamente funcional, centrado en sus necesidades yoicas, no es menos cierto que es esta la realidad que debe ser evangelizada.

Esta línea de intervención implica, crear actividades en donde éste se contacte con su mundo emocional. En este plano se debe procurar establecer el logro de las sensibilidades habitualmente presentes en las prácticas de fe, tales como: paz; alegría; temor reverencioso; respeto e incluso exaltaciones emocionales en un paisaje religioso que potencie su compromiso y entrega en su relación con Dios.

No obstante lo anterior, se debe incorporar a esta dimensión del trabajo, la reflexión en torno a las emociones agresivas o eventualmente dañinas, tales como la rabia, miedo, la pena, la vergüenza, la culpa. De modo tal que, este aspecto de la realidad afectiva sea asumida e integrada en su autocomprensión, sin que lo desvincule de su relación con Dios. Esto pasa por reconocer la presencia de las mismas en el actuar cotidiano y asociarlas al tipo de comportamientos que éstas conllevan, para aprender a moderarlas -negarlas no será posible- y procurar que no causen deterioro en la imagen de si mismo y tampoco impliquen costos importantes en la integración con sus pares.



En todo caso, el proceso de hacerse consciente de sus emociones y aprender a referirlas a su relación con lo divino, debe hacerse siempre desde las experiencias directamente vivenciadas por el joven, pues si se aborda como *un concepto*, se le retira el impacto emocional y se pierde la posibilidad de influencia a nivel de construcción de la identidad.

Las metodologías y las técnicas para alcanzar estos objetivos pueden ser muy diversas, pero deben respetar un patrón común, cual es el de:

- Hacerse consciente de la emoción
- Comprender el origen de lo que está vivenciando
- Asignarle un sentido en referencia a su vida en términos inmediatos, para seguidamente, si él o la joven posee un proyecto de vida, intentar contrastarla con éste. De no contar con este modelo que guíe su vida, se debe intentar que le otorgue un sentido asociado a su crecimiento personal y a su vinculación con terceros
- Procurar que esta comprensión se complete con la importancia que posee esta vivencia, para su relación con Dios.

Estamos diciendo, que este aspecto del psiquismo humano debe ser integrado para aprender a dirigirlo con un sentido que supere la inmediatez de la vivencia. Esto se hace asociándolo con una intención que trasciende la experiencia y la vincula con el proyecto de vida del joven, el que a su vez debe ser leído a la luz de su encuentro con Cristo.

¿Cómo hacerse cargo de la dimensión social?

Los adolescentes obtienen de sus pares, de su grupo de pertenencia y referencia, categorías para observar, comprender y actuar en la realidad. Estos amigos actúan como una suerte de filtro psíquico entre el individuo y el medio, de modo tal que juegan un rol determinante en cómo se asume a sí mismo y su relación con terceros.

En el proceso de la construcción de la identidad, el juicio del otro, en particular el de los pares, juega un rol clave. Lo que los otros digan de mí, viene a formar parte de lo que yo comprendo y creo de



mi. Es decir la imagen que proyecto y que es recogida y devuelta por mis amigos, aporta significativamente a mi autoimagen. En esa medida el papel que el otro social tiene en mi proceso de autocomprensión es del todo relevante.

Así visto, el contexto interpretativo surgido en la dinámica de interacciones con sus pares es sustantivo en la estructuración de la identidad con presencia de categorías de fe. Si los pares facilitan los diálogos y actividades referidas a las prácticas religiosas, estas comienzan a validarse e integrarse como una opción para la vida juvenil; cuando el adolescente es descalificado por el hecho de ser creyente, entonces es altamente probable que abandone estas categorías para entenderse a sí mismo y para entender al mundo. Si las temáticas de fe, no resultan de importancia para sus iguales, se tenderá a preservar el patrón familiar y/o escolar al respecto.

En consecuencia, será propio del esfuerzo por conseguir que la identidad se construya desde la fe, el trabajo que debe realizarse con el grupo de amigos, con quienes el joven está elaborando la percepción que tiene de sí mismo y de la posición que ocupa en el mundo. Se debe enfatizar la realización de tareas conjuntas, pues en este tramado de influencias recíprocas se gesta buena parte de la perspectiva de fe que tendrá a futuro.

Otro aspecto que debe ser incorporado en la dinámica social que repercute en la construcción de su identidad, es el rol que les compete a los profesores de asignatura y de religión, pues en la medida que estos validen y estimulen experiencias referidas a la comprensión espiritual, el peso de las mismas será mayor.

Esto se hace incorporando activamente reflexiones y prácticas en donde el modelo lógico- espiritual sea el pertinente para resolverlas y por cierto si el pedagogo acostumbra a referir sus contenidos y su experiencia cotidiana al discernimiento lógico - espiritual, éste cobrará mayor potencia y provocará una validación social del mismo, al interior de la comunidad escolar y le brindará una alternativa lógica al joven.

Y a nivel de desarrollo moral, ¿cómo se puede apoyar el proceso?

Desde la perspectiva de Kohlberg¹⁸, el adolescente debiera estar transitando en el nivel convencional, desde la moral del grupo hacia la moral social. No obstante, lo que se aprecia, en el trabajo clínico, es que los adolescentes se distribuyen en este juicio moral, incluso en rangos pre-convencionales ya sean en el estadio de la moral de premio/castigo como en la moral de conveniencia personal. En definitiva, lo que tenemos es una amplia dispersión, que se comprende tanto por un potencial de desarrollo intelectual -concreto o abstracto-, como por un modelaje psicosocial que establece límites al respecto.

La lógica moral que dimana del Cristianismo corresponde al nivel post-convencional, es decir un juicio basado en principios y valores, que van más allá de los acuerdos circunstanciales que las sociedades puedan alcanzar a través de las leyes. Visto lo hasta acá expuesto, no podemos asumir que el joven que acompañamos está en condiciones de llevar adelante juicios morales desde el nivel post-convencional, que le comporten referencias de sentido. Lo más probable es que el aludido puede contestar como esperamos, pero lo hará desde una comprensión analítica y no desde una integración vivencial, pues sus recursos de desarrollo psicoevolutivo ni las características de su entorno psicosocial, le permitirían alcanzar estas síntesis en esta etapa vital. Lo que se puede estimular es el proceso de perfeccionamiento del nivel convencional, para juzgar la realidad, vale decir, apoyar una correcta evaluación moral de su vida cotidiana, su entorno socio-político, su contexto cultural.

Mención aparte constituye los juicios morales que se pueden llevar adelante en un contexto de trabajo espiritual, es decir, en condiciones de retiros de oración, retiros de silencio, ayunos o similares, las posibilidades de alcanzar comprensiones morales de un alto peso vivencial -para contraponerlas a las intelectuales- de nivel superior resultan facilitadas.

¹⁸ Kohlberg L. *The psychology of moral development: the nature and validity of moral stages*. Harper & Row Publishers, San Francisco, Calif.: 1984.



La dificultad para mantenerse en este estado de comprensión se produce porque el contexto psicosocial en donde el sujeto se desenvuelve, no incorpora activamente las categorías de fe y en consecuencia resulta desadaptativo el uso de las mismas para las dinámicas relacionales.

Síntesis

El logro de una identidad que es una tarea propia de la adolescencia, le permite al sujeto acceder a la etapa de adulto con un núcleo claro sobre el cual llevar adelante su primera estructura vital. Es en esta identidad en donde la condición de creyente resulta de un valor sustantivo, pues al comprenderse el sujeto como referido a Dios, su vida personal y social deberá expresar este factor que le constituye.

Cuando la dimensión de fe, no constituye identidad, entonces no posee ni exigencia ni capacidad adaptativa, en consecuencia queda relegada a una práctica social sin potencial transformador o bien a un comportamiento supersticioso al que acude cuando siente temor o simplemente se extingue como una conducta carente de significación para su adaptación al entorno.

En consecuencia, posibilitar las experiencias que permitan al adolescente incorporar en la construcción de su identidad, la relación con Dios, permitirá que esta se exprese en el desarrollo de su vida y en su interacción con su entorno psico-socio-cultural y de este modo permitir que al acceder a cambios de contexto su condición de creyente se mantenga activa e influyente y no se sumerja hasta convertirse en una práctica social quedando relegado a la condición de rito social.